

☪ Hacía algún tiempo que había despejado el terreno electoral por medio de una aclaración respecto de Comonfort. Ya se sabía que Vidaurri, el inquieto cacique de Nuevo León, lo había llamado de su destierro voluntario; después de vacilar un poco, el expresidente (esto se supo luego) había penetrado en el país cuando todavía sus títulos presidenciales, de origen absolutamente legítimo por cierto, parecían vivos, pues los cuatro años de su período legal no fenecían sino en Diciembre de 1861. En realidad no existían desde el golpe de Estado; Comonfort mismo se había encargado de anonadarlos y no había una palabra que añadir al hecho; hablaba por sí solo. El Sr. Juárez no había sido Presidente por la ausencia de Comonfort, sino por la rebelión de éste contra la Constitución de que su poder emanaba, y porque, por una aberración infinita, precisamente la forma de esta rebelión había sido el aniquilamiento del título legal del rebelde. No había, pues, necesidad de una declaración de la Cámara en este sentido; mas la asamblea creyó justo hacerla y esa declaración no pudo ser ni más absoluta ni más lacónica: «En Diciembre de 1857 D. Ignacio Comonfort cesó de ser Presidente de la República.» Para someterlo á juicio se ordenó á Vidaurri que lo prendiera; pero el cacique se apresuró á desobedecer la orden, y Comonfort esperó, sin intentar nada, el cumplimiento de los decretos del destino, diremos aquí retóricamente, pensando en que esos decretos y ese destino no pudieron ser ni más adversos para la Patria los primeros, ni para él más trágico el segundo.

☪ Juárez tomó posesión de su primera Presidencia constitucional el 15 de Junio: este período debería acabar en 1865; acabó en plena lucha con la intervención francesa y el imperio. En esa fecha el Presidente constitucional se metamorfoseó en el supremo caudillo de la Patria en peligro, hasta la victoria, hasta la nueva elección, hasta el segundo período constitucional en 1867. ¿Quién hubiera podido presentir este porvenir entonces? No, nadie en sus episodios y detalles, algunos de los que, aun hoy, parecen un sueño; sí, en un aspecto general; el de la tempestad; el de la borrasca sucediendo á la borrasca; el del partido reaccionario empeñándose en complicar á Europa en nuestros asuntos interiores, lo cual tendrían, si se lograba, gracias á la situación de los Estados Unidos, imprevisibles consecuencias; el del partido liberal dividiéndose y desgarrándose y apelando á la guerra civil inmediatamente después del triunfo definitivo. Pero detrás de este muro de sombra, la fe de Juárez en el derecho y en el porvenir de la Patria, de que tantos grandes repúblicos han dado testimonio, lo mismo Ocampo que Lerdo; la fe de Juárez le hacía entrever el día en que la Nación, dueña de sí misma, realizaría en paz su destino, y este resorte moral que sentía en el alma, le daba la conciencia de que crecería á compás de las dificultades que pudieran sobrevenir, crecería más alto que ellas.

☪ Juárez, en aquellos oscuros días de Junio de sesenta y uno, tenía delante de sí una Cámara casi hostil; los descontentos, los impacientes, los ambiciosos, los que creían que EL INDIO nada haría sin EL BLANCO que tuviese á su lado (concepto que perdura en algunos apreciadores de aquellas épocas de agitación y de incertidumbre), formaban una minoría que con facilidad podía en un momento dado convertirse en mayoría; verdad es que esta minoría, en tratándose de la brega

contra los reaccionarios, casi no osaba oponerse, y por eso, contra su voluntad quizás los diputados antijuaristas, los lerdistas del día anterior, los orteguistas del día siguiente, daban á Juárez colosales votos de confianza en la concesión de las facultades extraordinarias y la declaración de la elección presidencial; pero pronto tornaba la Cámara á mostrarse inquieta, flotante, mal dispuesta con el poder, deseosa de imponerse, de estorbar sin saber á derechas ni cómo ni por qué; era el malestar general, la conmoción y la emoción producidas en la sociedad por la renovación de los grandes crímenes de la guerra civil; la absoluta desesperanza de que el mal tuviese remedios definitivos y la angustia de que se preparaban en la sombra acontecimientos por extremo graves, lo que se reflejaba en la Cámara, sobre todo en LOS MEXICANOS de la Cámara y sus amigos: los diputados Lerdo de Tejada, Linares, Montellano, Riva Palacio, Altamirano, Romero Rubio, Aguirre, Fernández eran personalidades de primera importancia parlamentaria y todos eran manifiestamente hostiles al Sr. Juárez. De tres elementos se componía aquella oposición: los restos del partido de D. Miguel Lerdo formaban uno de ellos; los amigos y hechuras del gobernador Doblado constituían el segundo, y el tercero los adictos á González Ortega, á quien se consideraba, no más apegado á la Reforma que Juárez, eso era imposible, sino más resuelto á llevarla á sus últimas consecuencias por medios revolucionarios propios de su carácter entusiasta y de su lirismo jacobino.

☪ Bien sabía todo esto el flamante Presidente cuando se presentó ante el Congreso á formular la promesa que la Constitución exigía. ¿Hubo en su discurso una sola palabra que no fuera para él, que no sea para la historia, la fiel expresión de la verdad? Cuando aseguraba que tenía por el primero de sus deberes y la expresión sincera de sus íntimas convicciones, el servir su cargo presidencial conforme á la Constitución, ¿alguno dudaba de su veracidad? Cuando afirmaba que, después de dejar completa libertad á la manifestación del sufragio público, consideraba la aceptación del poder emanada de él, como la obediencia de un irresistible precepto y el acatamiento de un deber, ¿hubo quien refutase este raciocinio exacto ó combatiese esta aserción serena y firme? Aquí entra atropelladamente el reproche tumultuoso y descompuesto de AMBICIÓN, de APEGO AL PODER..... ¿Y por qué este impulso, esta pasión esencialmente humanos constituyen una falta? Si para satisfacerlos se ha violado una ley moral, un derecho positivo, la falta es clara, una falta de esas que sólo recompensa y olvida la sociedad cuando la usurpación ha sido fuente de bienes y se ha convertido en derecho por ende. Mas en el caso, ¿cuál precepto moral, cuál ley nacional había sido transgredida por Juárez? El apego al poder resultaba en Juárez no del goce directo que el poder le proporcionaba, sino del anhelo de probar, á quienes en él menospreciaban á su raza, que EL INDIO ZAPOTECA era capaz de llevar á término un gran propósito de civilización; que, mudo y silencioso y frío como era, podía ser capaz, por sólo el esfuerzo incontestable que nace de la conciencia de un derecho y un deber puesto en acción, de personificar un ideal alto, de llevar en la mano una inextinguible antorcha.

«La situación es difícil y peligrosa», decía Juárez, «y los medios de acción con que cuenta el Ejecutivo para sobreponerse á ella, están embotados unos, degenerados otros y casi desquiciada en todas partes la máquina social.» En los mismos días en que escuchaba la representación nacional estas palabras (15 de Junio), como si la suerte hubiera querido subrayarlas con sangre pura, se supo en Méjico el martirio y la muerte de Degollado.

Malaventurado como solía, antes de poderse reunir con las fuerzas de Toluca que debían operar unidas á él, ascendió de Lerma por el agria montaña hacia las llanadas de Salazar y, al descender cayó en una emboscada; deshecha su tropa, fué capturado, y al ser reconocido, un soldado, un jefe quizás, lo hirió mortalmente de un pistoletazo en la cabeza, luego otro lo acabó de una lanzada que le perforó los pulmones y los demás lo acribillaron á bayonetazos. Recogido el cadáver, el cabecilla Gálvez lo condujo á Huisquilucan y allí le hizo exequias religiosas. En Méjico no causó la noticia mayor sorpresa, pero sí una impresión de piedad profunda. La prensa liberal exaltó á porfía los méritos de Degollado; recordóse entonces que él había organizado el levantamiento en armas del centro y el occidente de la República en defensa de la causa constitucionalista en pleno apogeo militar de la causa reactiva, y se demostró como, gracias á esta actitud, gracias á su incomparable energía transformaba sus ejércitos incesantemente vencidos en otros más y más dispuestos á la lucha y al sacrificio; en otros que tenían las almas encendidas por el inextinguible ardor del alma de su jefe y levantadas más en alto con su altísimo ejemplo. ¡Y esos ejércitos formaron al fin el que, adiestrado por las derrotas, conquistó la victoria en las gloriosas etapas de Peñuelas y el Sur de Jalisco á Silao, de Silao á Guadalajara, de Guadalajara á Calpulalpam! Recordóse entonces que las leyes de Reforma, redactadas por otros y visadas y adoptadas por Juárez, se publicaron gracias á la intervención directa de Degollado, y que sus convicciones,—la palabra es floja—sus creencias profundísimas de cristiano arraigadas en una gran erudición teológica, lo habían llevado al deseo inmenso y apostólico de procurar por medio de la Reforma la libertad de conciencia y la resurrección del prestigio de la Iglesia volviéndola al Evangelio, á la pobreza, á la caridad, al amor, al bien.

Lo que sí ni se recordó ni se quiso recordar en aquellos momentos fué el error inmenso del caudillo en los días mismos del triunfo; la lucha que en su alma grande se había entablado entre la seguridad de la victoria de su causa á costa de un mar de sangre y ruina, irreparable quizás, y la posibilidad de evitar aquellos supremos infortunios á la patria buscando una reconciliación garantida por las grandes potencias en un campo de sacrificios recíprocos de donde resultara consolidado el progreso ya que no la ley. Error inmenso que dejaba en pie todas las causas de la lucha indefinidamente renovable así; error de un alma buena que creía que en las supremas crisis de intereses son las soluciones del amor preferibles á las de la fuerza; error que el partido liberal reprobó en masa, que los hechos hicieron patente, que él mismo reconoció, que había reconocido de antemano, pero hacia el cual fué llevado como por la mano de la fatalidad. El Gobierno de Juárez midió instantáneamente la falta, comprendió que cambiar la

bandera de la Constitución por la de la pacificación equivalía á desandar el viacrucis andado ya y, conociendo la entereza de Degollado, lo había declarado responsable de esa falta y le había exigido que desvistiéndose del mando se presentase á sus jueces. Degollado obedeció como un espartano, y el ejemplo fué altamente saludable y la resolución de Juárez superiormente justa; pero la memoria de este delito político, nacido de la bondad misma del jefe del ejército, estaba olvidada. Degollado se había redimido con su propia sangre EN EL CALVARIO DE LAS CRUCES, y nada quedó más que el recuerdo de un gran ciudadano de virtud heroica, que honraba con su vida á la Patria y á la Humanidad. En un solemne juicio póstumo se falló que Degollado era inocente de toda culpa, por la santidad de su intención, y se le declaró benemérito de la Patria.

La actitud de Juárez fué lógica, pero fué bien antipática á la opinión liberal. Nadie que lo tratara íntimamente desconocía la estima y admiración que por las eximias cualidades de Degollado profesaba. Todos los juaristas, desde los más calificados como Zarco y como Guillermo Prieto, habían dado la más dolorosa, la más penetrante expresión á la pena del partido liberal; la verdad era que Juárez había aprendido en Ocampo á estimar profundamente al mártir de las Cruces. Pero había dicho una palabra de acusación contra el infortunado caudillo en un instante decisivo, y con esa palabra había salvado quizás al ejército reformista de la disolución; quería demostrar que había sido justo al pronunciar esa palabra, aun cuando, al fin, reconociera que el inculpado ascendía á más alto rango con la rehabilitación augusta de la muerte.

Quienes gastan toda su inteligencia en procesar á Juárez para condenarlo, en lugar de empeñarse en explicarlo, que es lo único que interesa á la historia, han desconocido en él condiciones psicológicas de primera importancia, que dan una clave segura para interpretar hechos en que tuvo principalísima parte. Así aquí: la actitud reservada del Gobierno respecto de la absolución póstuma de Degollado y de su apoteosis formulada en la declaración de que había MERECIDO BIEN DE LA PATRIA, reserva que ocasionó en la Cámara un ataque fulminante de Altamirano contra Ruiz, se fundaba en esta deducción lógica, rigurosa como un silogismo : si Degollado, al preferir la conciliación á la Constitución, había depuesto su bandera, que era la bandera del ejército liberal, y Juárez, que no podía hacer otra cosa, lo había separado del mando, ¿cómo podía ahora declarar que entonces se había equivocado, cómo considerar ahora como no advenida una falta inmensa en sí y en sus consecuencias? Ésta era la razón lógica; he aquí la psicológica : Juárez no era un sensiblero, ni un sentimental siquiera, era un rígido; no cruel, sino bondadoso á veces, nunca toleró que su bondad se sobrepusiese en su espíritu á su criterio de justicia, aun cuando este criterio fuese contrario al de muchos, al de todos; cedía á veces por conveniencia de partido, no por convicción; creía entonces, en el fondo de su conciencia, que faltaba á su deber. Para Juárez, transigir con los enemigos de la Constitución y la Reforma, era una imperdonable falta, era un delito inextinguible; para no verse en tal caso llegaba á consentir en hacer correr graves peligros (que creía conjurar) á la nacionalidad misma. Antes que tratar con Miramón de potencia á potencia, antes

de reconocerlo como un poder capaz de algún derecho, prefería acceder á la alianza con los Estados Unidos, aun cuando éstos se hubieran reservado la parte del león (tratado Mac Lane). Á Miramón se le podía considerar como un poderoso caudillo de rebeldes y, en vista de las circunstancias, se podían acordar con él los artículos de una capitulación, no un pacto de paz. De aquí esa actitud que el grupo liberal, profundamente conmovido ante el cadáver de Degollado, sintió fría y dura, cuando era sólo quizás triste y seria. De aquí un movimiento brusco de antipatía hacia Juárez. Siempre serán estas actitudes antipáticas para las multitudes, mucho más para las que tienen el temperamento sensitivo del pueblo mejicano. Aquí un severo, un rígido podrá conquistarse el respeto, la admiración, jamás el afecto social. Mucho de eso faltó á Juárez vivo; hay reliquias de eso en el odio de algunos á Juárez muerto.



☪ Si la muerte de Ocampo causó rabia y la de Degollado profunda piedad mezclada de ira, la de Leandro Valle, acaecida una semana después, produjo, junto con un negro pesar, honda inquietud y zozobra: el partido reaccionario se rehacía en los campos de batalla y sus huestes llevaban por enseñas las horcas en que colgaban á los próceres del partido liberal. Llegaron pronto los detalles de la catástrofe: Valle, con fuerzas insuficientes, luchaba, bizarro como solía, contra Márquez, Negrete, Gálvez, hasta sucumbir. Su captura, el grupo de oficiales reaccionarios que lo rodeó solícito; la impavidez y el buen humor del joven caudillo; su frase al general Negrete: «¿Quién manda aquí?—Márquez.—¡Ah! entonces no tengo nada que hacer; yo lo habría fusilado también»; la serenidad con que trazó una expresiva y dulce carta de familia, con el corazón lleno de amor y de perdón (véase su carta); y luego cómo, con los labios risueños y desdénosos, había sido fusilado. Pocos días antes había salvado de ser asesinados á D. Isidro Díaz y al general Casanova; pero no entraban, en la balanza del ángel exterminador que allí mandaba, el valor, la generosidad caballeresca, la sinceridad de opiniones, no; lo importante era matar hombres representativos, hombres que personificasen ideas. Valle era un tipo extraordinariamente simpático; parecía uno de esos jóvenes generales de la Revolución francesa cuyo penacho tricolor flotaba entre ráfagas de plomo y nubes de humo y jirones de marselesas á vanguardia siempre, y que, clementes con los adversarios, eran implacables con las doctrinas y soñaban en transformar la humanidad arrojando por inmensos surcos de sangre la semilla de los ideales nuevos.

☪ Entierro laico, discursos respirando horror y venganza, coronas, tropas enlutadas y la voz de sus jóvenes amigos de placeres y de lucha, dejando caer sobre su tumba flores arrancadas á la lira política de Hugo: «Amigo, decía Riva Palacio, te felicitamos por haber dado á tu fe republicana hasta el último aliento de tu pecho, hasta el último latido de tu corazón; te felicitamos por haber luchado, por haber sufrido; te felicitamos por haber muerto.»

☪ Dos días después de la muerte de Valle, las fuerzas de Márquez se presentaron en las goteras de la capital, y partidas de caballería rebelde asustaron con las descargas de sus carabinas á los vecinos de los barrios de San Fernando y la Alameda; la guarnición era cortísima, su núcleo substancial lo formaban fuerzas de Oajaca que mandaba el general Ignacio Mejía, bajo el mando superior del general Parrodi, que probablemente habría perdido el tino en medio de la inmensa confusión que reinaba en la capital, si sobre él no hubiese estado la imperturbable serenidad del ministro de la Guerra, que recorría la improvisada línea de defensa con su eterno traje gris, su fieltro de campaña y sus antiparras fijas que velaban la llama de indómita resolución de sus ojos oscuros. Todo el mundo veía cruzar al paso largo de un gran caballo á aquel fronterizo fuerte, lampiño, grave, como una estatua ecuestre que anduviese.

☪ La Cámara, en aquellos momentos de peligro que parecía bastante mayor de lo que era en realidad, se rehusó á interrumpir sus deliberaciones con digna entereza; en esos momentos los diputados fueron los verdaderos representantes del pueblo liberal. Sólo algunos militares (entre ellos un joven oajaqueño, muy bien reputado ya entre sus conterráneos y distinguido por su acendrado JUANISMO, lo que era para los oajaqueños el signo mismo de su amor al terruño natal) abandonaron el salón para ir á tomar parte en la lucha. El coronel Porfirio Díaz, que es á quien nos referimos, no volvería á su curul de diputado sino con la banda de general conquistada sobre los soldados de Márquez vencidos en Jalatlaco.

☪ Desvanecida la momentánea amenaza, decretado el estado de sitio y encargado el Distrito Federal á la energía sin frases del representante Juan José Baz, que era un hombre de una pieza, de los que para ir á su fin no escatiman ni labor, ni riesgo, ni reputación, y se imponen por la voluntad y por el puño á las multitudes y á veces á los partidos, todo fué volviendo á cierto marasmo en la sociedad, pero preñado de reproches al Gobierno, á quien se consideraba impotente para sobreponerse á la situación. Porque, en fin, lo primero era pulverizar las fuerzas de Márquez, que ya pululaban en el Bajío, que recorrían triunfantes parte del Sur de los Estados de Méjico, de Puebla, de Michoacán y que habían logrado reunirse en grupos considerables, apoderándose de plazas de cierta importancia como Pachuca. ¿Qué hacía el general González Ortega entretanto? Después de largas correrías en el Sur, Márquez, á quien creía cercado, se le escapaba de las manos, dominaba el camino de Méjico á Toluca, en donde levantaba patibulos, y rozaba la capital con las lanzas de sus dragones flameadas de verde ó de negro (su color favorito). El mes de Julio se pasó en anunciar pequeños encuentros victoriosos en los periódicos, y en realidad el ejército liberal surcaba por entre un océano de gavillas que habían hecho tributarios toda comunicación y todo tráfico en pos del ejército de Márquez y de su ROI FAINÉANT el PRESIDENTE Zuloaga. El plan del sanguinario veterano consistía en dejar acercarse á González Ortega y, cuando éste lo creyese acorralado, por medio de una marcha formidable, de esas que sólo los soldados mejicanos son capaces de hacer, precipitarse sobre alguna ciudad de importancia debilitada como Puebla, Pachuca, Querétaro, San Luis, extraer de ella, á punta de sable, ropa, víveres, armas,